

Los ojos verdes

Creí haber visto unos ojos como los que pinté en esta leyenda. No sé si fue en un sueño, pero lo he visto.

En cuarenta años de cazador, nunca he visto mejor puñetazo... Pero, ¡por San Saturio, patrón de Soria!, córtala por esa encina, azuca a los perros, sopla en el tronco hasta que el corazón salga volando, y hundiendo su caballo un cuarto de hierro en los costados: ¿no ves que se dirige a la fuente de Los Álamos y si lo salva antes de que muera podemos entregarlo por derrotado?

La cuenca del Moncayo resonaba eco tras eco de los gemidos de las trompetas, los aplausos de los perros soltados, y el ruido del patio resonaba con renovada furia, y el aturdido ejército de hombres, caballos y perros cargaba hasta el punto donde Iñigo, jefe cazador de los Marqueses de Almenar, se mostró como el más perfecto para la matanza del ganado.

Cuando el más ágil de los galgos llegó a la encina, jadeando y cubierto de espuma, el ciervo, veloz como una flecha, los había salvado de un salto, perdidos en la espesura del camino que conducía a la fuente.

gritó Iñigo entonces.

Y la cabalgata se detuvo, y los troncos callaron, y los galgos se apartaron del camino gruñendo a las voces de los cazadores.

gritó, dirigiéndose a su cazador, y mientras tanto, el asombro ya estaba grabado en su rostro, la ira ya ardía en sus ojos.

"Maestro", murmuró Iñigo por lo bajo, "de ninguna manera más allá de este punto".

-¡Imposible! ¿Y por qué?

-Porque el sendero -continuó el cazador- lleva al manantial de Los Álamos: el manantial de Los Álamos, cuyas aguas están habitadas por un espíritu maligno. Los cazadores somos reyes del Moncayo, pero reyes que tributan. Feroz que se refugió en esta fuente misteriosa, la pieza que falta.

Primero perderé mi patria potestad, y primero perderé mi alma a manos de Satanás, antes que dejar escapar de mí a ese ciervo, el único que ha herido mi lanza, la cuchara de mi cacería... Puedes todavía diferenciar los intervalos de aquí; le fallaron las piernas, su carrera se truncó; déjame..., déjame; Suelta esa rienda o te convierto en polvo... ¿Quién sabe si no le doy espacio para llegar a la fuente?



El cazador finalmente exclamó:

—Señores, lo han visto; Me había expuesto a la muerte entre los cascotes del caballo para detenerlo. Aquí está el cazador con su flecha; de ahora en adelante, que el ustadz intente pasar con su hisopo.

¿Qué está pasando contigo? Desde el día, que siempre consideraré fatal, en que llegaste a la fuente de Los Álamos y buscaste al animal herido, parece que una malvada bruja te lanzó sus hechizos.

Mientras Iñigo hablaba, Fernando, absorto en sus ideas, mecánicamente sacaba astillas de su asiento de ébano con un cuchillo de caza.

-Sí -dijo el joven- es una cosa rara lo que me está pasando, muy rara...

El cazador, sin abrir los labios, arrastró su taburete hasta quedar junto al asiento de su amo, del que sus ojos asustados no tomaron un solo punto...

— Desde el día que llegué al nacimiento de Los Álamos, a pesar de sus funestos vaticinios, y surcando sus aguas hallé el venado que tus supersticiones habían hecho huir, mi alma se ha llenado de la necesidad de la soledad.

He aquí: la fuente sube escondida en el seno de una roca y cae gota a gota entre las hojas verdes y flotantes de las plantas que crecen al borde de su cuna. Esas gotas, que al desprenderse brillan como puntos dorados y suenan como los tonos de un instrumento, se juntan entre los pastos y se mueven por el pasto, susurrando, susurrando, con un sonido parecido al de las abejas zumbando alrededor de las flores el pasto la arena y ellas forman un canal y luchan con los obstáculos que se interponen en su camino y dan la vuelta, saltan y huyen y corren, a veces riéndose; otros suspiran hasta caer en un lago. Pesares, palabras, nombres, cantos, no sé lo que oí en este rumor, sentado solo y febril sobre la roca, a cuyos pies saltan las aguas del misterioso manantial para estancarse en una profunda balsa, cuyas aguas inmóviles la superficie apenas ondula. El viento de la tarde.

El día que mi rayo voló sobre él, me pareció ver algo extraño brillando en el fondo... tan extraño... ojos de mujer.

Tal vez podrían ser los rayos del sol serpenteando débilmente a través de sus burbujas. Tal vez sea una de las flores que flotan en las algas de su pecho y el cáliz que parece una esmeralda...; no sé; me pareció ver una mirada que encendía un deseo absurdo e irrealizable: quiero encontrar alguien con ese tipo de mirada.

Pensé que era un juguete soñado...; pero no es cierto. Ya se lo he dicho muchas veces, como te lo digo ahora...; encontrado flotando. Su cabello era como el oro. Sus pestañas brillaban como hilos de luz, y entre las pestañas ví, las pupilas que miré giraban inquietas, sí, los ojos de mujer los fijé en mi mente, ojos, tan imposibles ojos de colores, unos ojos...

"¿La conoces?"

Pero cuando mis padres me prohibieron ir a estos lugares, me dijeron mil veces que los espíritus, duendes, demonios o mujeres que vivían en sus mares tenían ojos de ese color. Por lo que más amas en la tierra, te recuerdo que no para volver a la fuente de los álamos, pagaré este pecado con la muerte.

"¡Por lo que más amo!" murmuró el joven con una sonrisa triste.

"Sí", continuó el anciano; por tus padres, por tus parientes, por las lágrimas que el cielo dispuso para tu mujer, por las lágrimas del siervo que te vio nacer.

una mirada, una mirada de esos ojos...

Fernando pronunció estas palabras con tal acento que una lágrima que temblaba en los párpados de Íñigo rodó silenciosamente por su mejilla, y él mismo exclamó con un acento melancólico:

Yo

Rompe de una vez por todas el velo misterioso en el que te envuelves como en la oscuridad de la noche.

El sol ha cruzado la cima de la montaña; sombras caminaban por su falda; una brisa gemía en los álamos junto a la fuente, y la niebla, subiendo poco a poco de la superficie del lago, comenzaba a envolver las rocas de su orilla.

En una de estas rocas, sobre la que parecía que iba a desplomarse hasta el fondo del agua, en cuya superficie se representaba al hijo mayor Almenar, temblando, arrodillado a los pies de su misteriosa amada, tratando en vano de extraer el secreto de su amor de ella.

Era hermosa, hermosa y pálida como una estatua de alabastro. Y uno de sus rizos caía sobre sus hombros, desliziándose entre los pliegues del cobertor, como un rayo de sol entre las nubes, y en el borde de sus rubias pestañas, las pupilas brillaban como dos esmeraldas, encerradas en una joya de oro.

Cuando el joven terminó de hablarle, sus labios se movieron, como si pronunciara unas pocas palabras; pero soltaron un suspiro, un suspiro débil, lúgubre, como el suspiro de una ola de luz impulsada por el viento, muriendo entre los juncos.

Dime; quiero saber si me amas; Quiero saber si puedo amarte si eres mujer...

"O un demonio... ¿y si fuera él?"

El joven vaciló por un momento; el sudor frío corría por sus miembros; Sus pupilas se dilataron al enfocar a esta mujer, y encantado por su resplandor fosforescente, casi enloquecido, exclamó en un ataque de amor:

No soy mujer, como las que existen en la Tierra; Soy una mujer digna de tí, porque eres superior a los demás hombres. No castigo al que se atreve a perturbar la fuente en que habito; más bien, lo recompenso con mí amor, como un mortal que trasciende las supersticiones de la multitud, como un amante que es capaz de comprender mí extraño y misterioso caso.

Mientras ella decía esto, el joven, absorto en la contemplación de su fantástica belleza, atraído, como por una fuerza desconocida, se acercaba cada vez más al borde del acantilado.

El ojiverde continuó:

¿ves, ves el fondo limpio de este lago? ¿ves estas plantas de largas hojas verdes revoloteando al fondo?.. ven; la niebla del lago se cierne sobre nuestras frentes como un dosel de lino...; las olas nos llaman con sus voces incomprensibles; el viento inicia sus himnos de amor entre los álamos; venir venir.

La noche comenzaba a extender sus sombras; la luna brillaba en la superficie del lago; la niebla se arremolinaba en la bocanada de aire, y los ojos verdes brillaban en la oscuridad como un fuego fatuo, corriendo por la faz de las aguas contaminadas... y la mujer misteriosa lo llamó al borde del abismo en el que ella estaba suspendida, y parecía ofrecerle un beso... beso...

Fernando dio un paso hacia ella..., más..., y sintió unos delgados y flexibles brazos rodeándole el cuello, y una sensación de frío en los labios ardientes, un beso de nieve... y vaciló... . . ., y tropezó, y con un estrépito sordo y lúgubre cayó al agua.

Era hermosa, hermosa con una belleza vertiginosa, nada de lo que soñamos en los ángeles, y sin embargo hermosa con una belleza sobrenatural. La belleza diabólica es probablemente prestada por el diablo a algunos seres, convirtiéndolos en sus herramientas en la tierra.

Ella amó La amaba con un amor que no conocía restricciones ni límites. La amó con un amor que busca la alegría y no encuentra más que el martirio, un amor que se asemeja a la felicidad.

Era caprichosa, caprichosa y extravagante, como todas las mujeres del mundo. Él, como todos los hombres de su tiempo, es supersticioso, supersticioso y valiente.

El la encontró un día llorando, y la preguntó:

—¿Por qué lloras?

Ella se enjugó los ojos, lo miró fijamente, arrojó un suspiro y volvió a llorar.

Pedro, entonces, acercándose a María le tomó una mano, apoyó el codo en el pretil árabe desde donde la hermosa miraba pasar la corriente del río y tornó a decirle:

¿Por qué lloras?

El Tajo se retorcía gimiendo al pie del mirador, entre las rocas sobre las que se asienta la ciudad imperial. El sol trasponía los montes vecinos; la niebla de la tarde flotaba como un velo de gasa azul, y sólo el monótono ruido del agua interrumpía el alto silencio.

María exclamó: —No me preguntes por qué lloro, no me lo preguntes, pues ni yo sabré contestarte ni tú comprenderme. Hay deseos que se ahogan en nuestra alma de mujer, sin que los revele más que un suspiro; ideas locas que cruzan por nuestra imaginación, sin que ose formularlas el labio, fenómenos incomprensibles de nuestra naturaleza misteriosa, que el hombre no puede ni aun concebir. Te lo ruego, no me preguntes la causa de mi dolor; si te la revelase, acaso te arrancaría una carcajada.

Cuando estas palabras expiraron, ella tornó a inclinar la frente y él a reiterar sus preguntas.

La hermosa, rompiendo al fin su obstinado silencio dijo a su amante con voz sorda y entrecortada:

—Tú lo quieres; es una locura que te hará reír; pero no importa; te lo diré, puesto que lo deseas.

Ayer estuve en el templo. Se celebraba la fiesta de la Virgen, su imagen, colocada en el altar mayor sobre un escabel de oro, resplandecía como un ascua de fuego; las notas del órgano temblaban, dilatándose de eco en eco por el ámbito de la iglesia, y en el coro los sacerdotes entonaban el Salve, Regina.